

alaíde  
foppa

# anatomía no es destino

Durante milenios la mujer ha sido considerada en función de su cuerpo y de su sexo: el parto, la crianza, la "satisfacción" sexual que puede dar al hombre, su intrínseca impureza determinada por las hemorragias, su efímera belleza, su condición de ser inútil y agotado cuando ya no es fecunda. Aun los llamados trabajos "femeninos", dependen sobre todo del cuerpo, pues son en su mayoría tareas "manuales". La mujer, por su parte, aceptó el papel que se le asignaba y, consciente de que su cuerpo era lo único importante que poseía, no pudo menos que dedicarle toda su atención, si deseaba valorar sus atributos; estuvo, por lo tanto, casi siempre dispuesta a ser de uno u otro modo "objeto sexual". Hoy las cosas han cambiado: ya no se discute, por ejemplo, si la mujer tiene o no alma, como sucedió todavía en los primeros siglos del cristianismo oficial, y muchas mujeres desempeñan tareas que no son precisamente manuales. Sin embargo, los estereotipos persisten y en una forma implícita se les sigue regateando a las mujeres el derecho —y el deber— de ser algo más que un cuerpo.

Ante la palabra *igualdad*, —repetida con insistencia en reclamos, proclamas, conferencias, leyes recientemente reformadas— algunos objetan con aparente lógica que la mujer no es igual al hombre; y, naturalmente, se refieren al cuerpo. Se habla de la

diferencia en muchos tonos ("la petite difference", dicho con maliciosa sonrisa en pláticas de salón) y es imposible negar que la diferencia existe. Pero estas obvias afirmaciones, como todo lo obvio, son inútiles. ¿Quién pretende ignorar las diferencias biológicas entre el hombre y la mujer? Lo que niega el feminismo, o más bien lo que objeta, es que la diferencias sean en sí mismas discriminatorias. Diría que el feminismo significa precisamente esto: la afirmación de que el ser mujer no debe constituir una inferioridad social.

A las feministas de hace cincuenta años —y de antes— se les atacó y ridiculizó diciendo que eran mujeres frustradas, feas, solteronas, frías, incapaces de amar y de ser amadas, o por lo menos, que no querían ser mujeres. A las de hoy —en su mayoría muchachas jóvenes y atractivas— se les acusa de lesbianismo, o de libertinaje sexual (ese "libertinaje" que los hombres han ejercido hasta ahora no sólo sin censura, sino con prestigio). En todos los casos, los ataques van dirigidos al cuerpo, al sexo: por falta o por exceso. También la moral de la mujer ha estado vinculada casi exclusivamente a su cuerpo.

Que las feministas no quisieran ser mujeres o no sean biológicamente femeninas, por supuesto, es falso. Si una mujer no quiere ser mujer es, en cierto modo, antifeminista, pues está